te. En el desierto, entendedlo bien, hay de todo y no hay nada...—Bien, pero explicadme...—Vamos, dijo dejando escapar un gesto de impaciencia, quiero decir que allí está Dios sin los hombres.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

SARRASINE

POR

H. DE BALZAC.

(TRADUCCION DE G. C.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
1880
Imprenta y litografía de LA GUIRNALDA
calle de las Pozas, núm. 12.

Es propiedad.

SARRASINE

Sumergido me hallaba cierta noche en una de esas meditaciones profundas que á todos nos asaltan, aún al hombre más frívolo en medio de las fiestas tumultuosas. Daban las doce en el reloj del Elixeo Borbon, mientras sentado en el alfeizar de una ventana y oculto por los ondulantes pliegues de una cortina de moaré, contemplaba á satisfaccion mia el jardin de la casa en que me encontraba. Los árboles desigualmente cubiertos de nieve se marcaban débilmente sobre el fondo gris que formaba un cielo nebuloso, apenas alumbrado por la luna. Vistos entre esta atmósfera fantástica semejaban vagamente espectros mal envueltos en sudarios, imágen gigantesca de la famosa *danza de los muertos*. Luego volviéndome al lado opuesto, podia admirar la danza de los vivos en uu salon espléndido, de paredes cubiertas de dorados y alumbrado por arañas brillantes cargadas de bujías. Allí bu-

llian, se agitaban y cruzaban las mujeres más bellas, más ricas y más nobles de París, resplandecientes, ostentosas, deslumbradoras de diamantes, con flores en la cabeza, en el pecho, entre los cabellos, sobre los trajes ó en guirnaldas bajo sus pies. Lijeros extremecimientos de alegría y pasos voluptuosos hacian girar los encages, las blondas y muselinas en torno á sus delicados talles. Algunas miradas vivísimas pasaban aquí y allá eclipsando las luces y el fuego de los diamantes, y animando más y más los ya ardientes corazones. Sorprendíanse tambien señas y movimientos de cabeza significativos para los amantes é inexplicables para los maridos. Las reclamaciones de los jugadores á cada golpe imprevisto y el resonar del oro, se mezclaban á la música y al murmullo de las conversaciones y para acabar de aturdir á esta multitud embriagada por todo lo que el mundo puede ofrecer de seductor, una atmósfera de perfumes y alegría general obraban sobre las locas imaginaciones. Así á mi derecha tenia la sombria y silenciosa imágen de la muerte y á mi izquierda las corteses bacanales de la vida; aquí la naturaleza fria, triste, en duelo; allí los hombres gozando, y yo, colocado en el límite de estos dos cuadros tan distintos que repetidos de diversos modos constituyen á París en la

ciudad más divertida y más filosófica del mundo, hacia las veces de una macedonia moral mitad alegre y mitad fúnebre. Con el pié derecho marcaba el compás, y creia tener el otro en una tumba, pues mi pierna estaba efectivamete helada por uno de esos aires colados que os enfrian medio cuerpo, en tanto que el otro medio experimenta el sudoso calor de los salones, accidente muy comun en un baile.

—¿Hace mucho tiempo que Mad. de Lanty posee este palacio?

—Sí tal, ya hará unos dos años que el mariscal de Carigliano se lo vendió.

—¡Ah!

—Estas gentes deben tener una fortuna inmensa.

—Es lo probable.

—¡Qué fiesta! Es de un lujo insolente.

—¿Los creeis tan ricos como M. de Nucingen ó Mad. de Gondreville?

—¿Pues qué no sabeis...?

Adelanté la cabeza, y reconocí á los dos interlocutores por pertenecer á esta gente curiosa que en Paris se ocupa exclusivamente del *¿Por qué? ¿Cómo? ¿De dónde es? ¿Quiénes son? ¿Qué tiene? ¿Qué ha hecho ella?* Pusiéronse á hablar bajo y se alejaron para conversar más á sus anchas en algun divan aislado. Na-

die sabia de qué país era procedente la familia de Lanty, ni de qué comercio, de qué expoliacion, de qué pirateria ó de qué herencia provenia una fortuna valuada en muchos millones. Todos los miembros de esta familia hablaban italiano, francés, español, inglés y aleman con suficiente perfeccion para hacer suponer que habian por largo tiempo vivido en estos países. ¿Eran gitanos? ¿eran filibusteros?

—Mas que fuesen el diablo, decian los jóvenes elegantes, el hecho es que reciben maravillosamente.

—Aunque el conde de Lanty hubiese despojado á algun *Casauba*, me casaria gustoso con su hija.

¿Y quién no hubiera aceptado la mano de Marianina, jóven de diez y seis años, que realizaba las fabulosas concepciones de los poetas orientales? Como la hija del sultan en el cuento de la *Lámpara Maravillosa*, deberia haber permanecido envuelta en su velo. Su canto hacia palidecer los talentos incompletos de las Malibran, Sonteg y Fodor, en las cuales una cualidad dominante ha excluido siempre la perfeccion del conjunto, mientras que Marianina sabia unir en el mismo grado á la pureza de la voz, la sensibilidad, la cadencia y la entonacion, el alma y la ciencia, la correccion y el

sentimiento. Esta jóven era el tipo de esa poesía escrita, lazo comun de todas las artes, y que huye siempre ante los que la persiguen. Dulce y modesta, instruida y espiritual, nadie podia eclipsar á Marianina á no ser su madre.

¿Habeis encontrado alguna vez una de estas mujeres, cuya radiante belleza desafía los ultrajes de la edad y que parecen á los treinta y seis años más apetecibles que debian serlo quince años antes? Su rostro resplandeciente demostraba una alma apasionada; en cada rasgo se adivinaba la inteligencia, cada poro tenia un brillo particular sobre todo á la luz artificial; los ojos seductores atraian, rehusaban, hablaban ó permanecian callados, su paso era inocentemente estudiado, su boca desplegaba las melodiosas riquezas de tonos más exquisitamente dulces y tiernos, y fundados sobre comparaciones sus elogios halagaban el amor propio más delicado. Un movimiento de sus cejas, la más rápida mirada, un fruncimiento de lábios, causaban cierto terror á los que hacian depender de ellos su vida y su felicidad. Una jóven se dejaria seducir, pero con esta especie de mujeres un hombre debe saber, como Mr. de Jaocourt, no gritar cuando al ocultarse en un gabinete, la doncella le destroza dos dedos con el quicio de una puerta. Amar á estas potentes sirenas es jugar con su vida,

y hé ahí tal vez por lo que las amamos con tanta pasion. Tal era la condesa de Lanty.

Filipo, hermano de Marianina, tenia como esta la belleza maravillosa de la condesa. Para decirlo de una vez, este jóven era la imágen viva de Antinoo con formas más cenceñas; pero estas finas y delicadas proporciones, cuan bien le sientan á la juventud, si se unen á un cútis ligeramente moreno, cejas vigorosas y el fuego de unos ojos aterciopelados que prometen para lo futuro enérgicas pasiones é idéas generosas, Si Filipo estaba en el corazon de todas las jóvenes, tambien tenia su puesto en la mente de todas las madres, como el mejor partido de Francia.

La belleza, fortuna, talento y gracias de ambos jóvenes provenian únicamente de su madre. El conde de Lanty era pequeño, feo, delgado, sombrío como un español y pesado como un banquero. Pasaba, sí, por un profundo político, acaso porque rara vez se reia y citaba frecuentemente á madama de Metternich y Wellington.

Tan misteriosa familia tenía el atractivo de un poema de lord Byron, cuyas dificultades hubieran sido traducidas de distinto modo por cada persona de las que componen el gran mundo; eran un canto oscuro en su conjunto, y sublime estrofa por estrofa. La reserva que

monsieur y Mad. de Lanty guardaban sobre su orígen, su existencia pasada y sus relaciones con las cuatro partes del mundo, hubiese sido por mucho tiempo un motivo de admiracion en Paris, pues en ningun país acaso se ha comprendido mejor el axioma de Vespasiano. Aquí el dinero, áun cuando esté manchado de sangre y lodo, no descubre nada y lo representa todo. Siempre que la alta sociedad sepa la cifra á que asciende vuestra fortuna, sereis clasificados entre las fortunas equivalentes á la vuestra, sin que nadie os pida vuestros pergaminos, porque todos saben cuan poco cuestan. En una ciudad en que los problemas sociales se resuelven por ecuaciones algebráicas, los aventureros cuentan con mucho en su favor, y así, áun suponiendo que esta familia fuese bohemia de orígen, eran tan ricos, tan seductores, que la alta sociedad podia bien perdonarles sus secretillos. Pero, por desgracia, la historia enigmática de la casa de Lanty ofrecia un perpétuo motivo de curioso interés, muy semejante al de los cuentos de Ana Radcliffe.

Los observadores, esas gentes que averiguan en que almacen habeis comprado los candelabros, ó que os preguntan lo que os cuesta el alquiler cuando vuestra habitacion les parece bonita, habian notado de tarde en tarde,

en medio de las fiestas, los conciertos, los bailes ó reuniones dadas por la condesa la aparicion de un extraño personaje. Era un hombre. La primera vez que se mostró en el palacio fué durante un concierto, en que pareció haber sido atraido hácia el salon por la vista encantadora de Marianina.

—Desde hace un momento siento frio, dijo á su vecina una señora que se hallaba cerca de la puerta.

El desconocido, que se encontraba en ella, se alejó.

—Es singular, ahora tengo calor; añadió la misma señora despues de la marcha del desconocido; me tachareis tal vez de loca, pero no puedo ménos de pensar que mi vecino, ese señor vestido de negro, que acaba de alejarse, era la causa de este frio.

Bien pronto la exageracion natural en las personas de la alta sociedad hizo brotar y aumentarse las ideas más peregrinas, las expresiones más graciosas y los cuentos más extravagantes sobre este misterioso personaje. Sin ser precisamente un vampiro, un antropófago, un hombre sobrenatural, una especie de Fausto ó de Robin de los bosques, participaba, al decir de las gentes amigas de lo fantástico, de todas estas naturalezas antropomórficas, no faltando algun aleman que tomase en sério

estas bromas ingeniosas de la maledicencia parisiense. El desconocido era sencillamente un *viejo*. Muchos de esos jóvenes acostumbrados á plantear todas las mañanas el porvenir de Europa en algunas frases elegantes, trataban de ver en el desconocido algun gran criminal, poseedor de inmensas riquezas. Los novelistas contaban la vida de este viejo dando detalles verdaderamente curiosos sobre las atrocidades cometidas por él durante el tiempo que habia estado al servicio del príncipe Migore. Los banqueros, como gentes más positivas, daban una salida especiosa.

—¡Bah! decian alzando los hombros con un movimiento de piedad, ese viejecillo es una *cabeza genovesa*.

—Caballero, si no es indiscrecion, tendriais la bondad de explicarme lo que entendeis por una cabeza genovesa?

—Es un hombre de cuya vida dependen enormes capitales, y de su conservacion dependen por lo visto las rentas de esta casa.

Recuerdo haber oido en casa de Mad. de Espard á un magnetizador, probar por consideraciones históricas de muy aparente verosimilitud, que este anciano conservado entre cristales era el famoso Balsamo llamado Cagliostro. Segun este moderno alquimista, el aventurero siciliano habia escapado á la muer-

te y se entretenia en fabricar oro para sus vicios; y por fin el bailio de Jerette pretendia haber reconocido en este singular personaje al conde de San German. Estas tonterías dichas con el tono espiritual y el aire burlon que en el dia caracterizan á una sociedad sin creencias, mantenian las vagas sospechas sobre la casa de Lanty. En fin, por un singular concurso de circunstancias, los miembros de esta familia, justificaban las conjeturas de las gentes, observando una conducta bastante misteriosa con este anciano, cuya vida estaba en cierto modo velada á toda clase de investigaciones.

Si este personaje traspasaba el término de las habitaciones que él debia ocupar en el palacio Lanty, su aparicion causaba siempre gran sensacion en la familia, y hubiérase dicho que era un acontecimiento de cierta importancia. Filipo, Marianina, Mad. de Lanty y un viejo servidor, tenian solo el privilegio de ayudar al desconocido á caminar, levantarse ó sentarse, y todos vigilaban sus menores movimientos.

Parecia como si fuese una persona encantada, de quien dependiese la dicha, la vida ó la fortuna de los demás. ¿Era temor, ó afecto? Las gentes de mundo no podian hallar induccion alguna que les ayudase á resolver este

problema. Oculto durante meses enteros en el fondo de un santuario desconocido, este génio familiar salia de pronto, como furtivamente, cuando ménos se le esperaba, y aparecia en medio de los salones, como esas hadas de otros tiempos que descienden de sus dragones alados para venir á turbar las fiestas á las que no habian sido invitadas. Los observadores más ejercitados podian entónces únicamente comprender la inquietud de los señores de la casa, que sabian disimular sus sentimientos con singular habilidad. Unas veces bailando un rigodon, la inocente Marianina echaba una mirada de terror al anciano, á quien vigilaba á través de los grupos, ó bien Filipo se lanzaba deslizándose á trayés de la multitud, hasta acercársele, y permanecia junto á él con tierna atencion, cual si el contacto de los hombres ó el menor soplo pudiese destruir aquella extraña criatura. La condesa trataba de aproximársele sin aparentar unírsele con intencion, y luego con maneras y fisonomía en que se mezclaban el servilismo con la ternura, la sumision con el despotismo, le decia dos ó tres palabras, á las que atendia casi siempre el anciano y desaparecia conducido ó por mejor decir llevado por ella. Si Mad. de Lanty no estaba allí, el conde empleaba mil estratagemas para llegar hasta él; pero parecia hacerse escu-

char difícilmente y le trataba como á un niño mimado, á quien su madre consiente los caprichos ó acaso, su terquedad. Algunos indiscretos se habian aventurado á interrogar aturdidamente al conde de Lanty, pero este hombre frio y reservado, no habia nunca aparentado comprender las preguntas de los curiosos.

Así, tras varias tentativas que la circunspeccion de esta familia hacia vanas, nadie trató de descubrir un secreto tan bien guardado. y los espías de la buena sociedad, los papanatas y los políticos, concluian, tras inútiles escaramuzas, por no ocuparse más de este misterio.

En el momento á que me refiero y en medio de aquellos brillantes salones donde pululaban los filósofos, habia quien, tomando un sorbete ó dejando sobre una consola su vaso de ponche vacío, decia:

—No me admiraria el saber que estas gentes son unos bribones. Ese viejo que se oculta y solo aparece en los equinocios y solsticios, tiene á mi ver todo el aspecto de un asesino.

—O de un banquero quebrado.

—Es casi casi lo mismo. Acabar con la fortuna de un hombre, es á veces peor que acabar con su vida.

—Caballero, he apuntado veinte luises y debo cobrar cuarenta.

—Mi palabra, caballero, sólo hay treinta sobre el tapete...

—¡Y bien! ya veis como aquí están muy mezcladas las personas; no se puede jugar.

—Es verdad. Y por cierto que son ya cerca de seis meses los que hace no vemos al espíritu. ¿Creeis que sea un sér viviente?

—¡Oh! todo lo más.

Estas últimas palabras eran dichas á mi alrededor, en el momento en que yo resumia en un pensamiento final mio, reflexiones mezcladas de negro y blanco, de vida y muerte. Mi loca imaginacion al par que mis ojos, contemplaban una y otra vez la fiesta en su más alto grado de esplendor y el sombrío cuadro de los jardines. No sé cuanto tiempo hacia estaba meditando sobré estas dos fases de la medalla humana, cuando de pronto, la risa reprimida de una mujer jóven, me vino á despertar y quedé estupefacto en presencia de la imágen que se ofrecia ante mis ojos. Por uno de los más raros caprichos de la naturaleza, el pensamiento de semi-duelo que bullia en mi cabeza, habia tomado forma y se encontraba delante de mí, viviente y personificado, saliendo como Minerva, alta y fuerte de la cabeza de Júpiter. Se me presentaba á la vez centenario y juvenil, estaba vivo y muerto.

Escapado de su habitacion como un loco

de su jaula, el viejecillo se habia sin duda deslizado diestramente tras un grupo de personas atentas á la voz de Marianina, que terminaba una ária del Tancredo. Parecia que habia salido de la tierra á impulso de algun mecanismo teatral. Inmóvil y sombrío permaneció durante un momento, contemplando esta fiesta, cuyo murmullo habia tal vez llegado á sus oidos. Su preocupacion casi de sonámbulo, era tan concentrada sobre los objetos, que se hallaba en medio del concurso sin reparar en él. Habíase colocado sin ceremonia junto á una de las mujeres más encantadoras de Paris, bailadora elegante y jóven, de formas delicadas, una de esas figuras frescas como un niño, blancas y sonrosadas, y tan delicadas y trasparentes que la mirada de un hombre parece poder penetrarlas como un rayo de sol á un trozo de hielo puro. Delante de mí estaban los dos, juntos, unidos y tan próximos, que el desconocido rozaba el traje de gasa, las guirnaldas de flores, los cabellos levemente rizados y el cinturon flotante de la hermosa.

Yo habia presentado á esta jóven en el baile de madama de Lanty, y como venia por la primera vez á esta casa, la perdoné su risa comprimida, pero hícela un signo imperativo que la dejó sobrecogida y la obligó á cobrar respeto hácia su vecino. Vino á sentarse junto

á mí, pero el anciano no quiso separarse de esgraciosa criatura, á la cual se adhirió caprichosamente con esa obstinacion muda y sin causa aparente, de que son susceptibles las personas extremadamente ancianas, y que las hace asemejarse á los niños. Para sentarse junto á la jóven, le fué necesario apartar un pliegue del traje y sus más pequeños movimientos eran ejecutados con esa fria torpeza y estúpida indecision que caracteriza los gestos de un paralítico. Colocóse lentamente en su silla con circunspeccion y murmurando algunas palabras ininteligibles. Su voz cascada asemejábase al ruido que produce una piedra al caer en un pozo. La jóven me apretó vivamente la mano, cual si hubiese querido resguardarse de un precipicio, y extremecióse cuando este hombre, á quien miraba, volvia hácia ella dos ojos sin calor, dos ojos verdosos que no podian compararse más que al nácar empañado.

—Tengo miedo, me dijo ella, inclinándose hácia mi oido.

—Podeis hablar, la dije, oye difícilmente.

—¿Le conoceis?

—Sí.

Recobróse entónces lo bastante para examinar durante un momento aquella criatura sin nombre en el lenguaje humano, forma sin substancia, sér sin vida ó sin accion. Hallá-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

base bajo el encanto de esa tímida curiosidad que impele á las mujeres á procurarse emociones peligrosas, á ver tigres encadenados, y á contemplar boas, acostumbrándose á no estar separadas de ellas más que por débiles barreras. Aunque el viejecillo tuviese encorvadas las espaldas como un trabajador, se conocia fácilmente que debia haber sido de mediana estatura, y la excesiva flacura y la delicadeza de sus miembros probaban que habia tenido esbeltez en sus proporciones. Llevaba un calzon de seda negra que flotaba en torno de sus muslos descarnados, formando pliegues como una vela abatida, y un anatómico hubiese reconocido al instante los síntomas de una horrible tísis, con sólo ver las piernecillas que sostenian aquel cuerpo extravagante, y á las que se hubiese tomado por dos huesos puestos en cruz sobre una tumba.

Un sentimiento de profundo horror hacia el hombre, embargaba el corazon cuando una fatal atencion hacia aparecer las señales de la decrepitud, impresas sobre este organismo extraño. El desconocido llevaba un chaleco blanco bordado de oro á la moda antigua, y su ropa interior era de una blancura deslumbradora. Una chorrera de encaje de Inglaterra, cuya labor hubiese causado la envidia de una reina, formaba ondas amarillentas sobre su pecho, aunque sobre él este encaje más parecia un harapo que un adorno, y en medio de esta chorrera un diamante de un valor incalculable centelleaba como un sol. Este lujo anticuado, esta riqueza intrínseca y sin gusto, hacian resaltar más y más la fisonomía de este sér extraño, pues el marco era digno del retrato.

El rostro era negro, anguloso y arrugado en todas direcciones, la barba cóncava, los pómulos surcados, los ojos perdidos en las órbitas amarillas, las mandíbulas salientes á causa de una excesiva flacura formando cabidades en medio de cada mejilla, y todas estas desigualdades, más ó ménos iluminadas por las luces, producian sombras y reflejos extraños, que acababan de quitarle el carácter de faz humana.

Además, los años habian pegado tan fuertemente sobre los huesos la piel amarilla y fina de este rostro, que formaba por todas partes multitud de arrugas ó círculos, como las ondas del agua turbada por la piedra que un niño arroja, ó estrellas como un vidrio roto, pero siempre profundas y tan unidas como el córte de las hojas de un libro. Algunos viejos presentan tal vez aspecto más repugnante, pero lo que contribuia á dar más la apariencia de una creacion artificial al espectro aparecido ante nosotros, era el colorete que en él re-

saltaba. Las cejas recibian de la luz un lustre que revelaba una pintura muy bien ejecutada, y felizmente para la vista contristada de tantas ruinas, su cráneo cadavérico se ocultaba bajo una peluca rubia, cuyos innumerables rizos ponian de manifiesto una severa presuncion. Por lo demás, la coquetería femenina de este personaje fantasmagórico, se anunciaba claramente por los pendientes de oro que pendian de sus orejas, por las sortijas, cuyas admirables piedras brillaban sobre sus dedos osificados y por una cadena de reló que centelleaba como el collar de una dama.

Por último esta especie de ídolo japonés, conservaba sobre sus lábios descoloridos, una risa fija y parada, risa implacable y burlona como la de una calavera. Silencioso é inmóvil como una estátua, exhalaba de sí ese olor de azmizcle de los vestidos antiguos que los herederos de una duquesa exhuman de sus cajones durante un inventario, y si el viejo giraba sus ojos por la concurrencia, parecia que los movimientos de aquellas pupilas incapaces de reflejar claridad alguna, se llevaban á cabo por un oculto artificio, y cuando pasaban, el que los examinaba concluia por dudar de si se habian movido. Ver al lado de estos despojos humanos, una mujer jóven, con los brazos cuello y pecho desnudos y blancos, de formas redondas y bellas, de cabellos bien plantados sobre una frente alabastrina que inspiraba amor, cuyos ojos no recibian sino repartian la luz, fresca, suave, y notar que aquellos bucles vaporosos, aquel aliento embalsamado parecian demasiado pesados, demasiado duros, demasíado poderosos para aquella sombra, para aquel hombre de ceniza. ¡Ah! era precisamente la representacion de muerte y de vida de mi pensamiento, especie de arabesco imaginario, horrenda quimera de forma á medias y á medias divinamente femenil.

—Y hay sin embargo matrimonios así que se efectúan comunmente en el mundo, me decia yo.

—Huele á cementerio, dijo la jóven espantada, agarrándome como para asegurarse de mi proteccion, y sus convulsivos movimientos me dieron á entender que tenia miedo.

—Es una vision horrible, continuó, yo no puedo permanecer aquí más tiempo, porque si lc vuelvo á mirar creeré que es la misma muerte que viene á buscarme. ¿Pero vive?

Y puso la mano sobre el trasgo con esa valentía que las mujeres manifiestan por efecto de la violencia de sus deseos, pero un sudor frio la cubrió cuando al tocar al viejo, oyó un grito semejante á una carraca. Esta ágria voz, si era voz, se escapó de una garganta casi